XX Domingo del Tiempo Ordinario C

Teología del fuego

"Dijo Jesús: He venido a prender fuego en el mundo y ojalá ya estuviera ardiendo". San Lucas, cap. 12.

La lengua hebrea con su afición por las metáforas, servía admirablemente al doble propósito de Jesús: Explicarnos lo inexplicable e invitarnos a caminar hacia el misterio.

"He venido a prender fuego en el mundo, y ojalá ya estuviera ardiendo", dijo el Señor: Entonces sus discípulos empezaron a elaborar toda una teología del fuego.

En la mañana de Pentecostés, cuando descendieron lenguas encendidas sobre los apóstoles, ellos comprendieron que Dios es como la luz, como el calor, como la llama que envuelve y que transforma.

Podemos buscar al Señor remontando la historia del fuego, esa historia que Gertrudis Von Le Fort nos narra en forma de poema. En el principio, cuando el hombre habitó en las cavernas y eran muy largos los inviernos, el fuego calentaba su vida, acompañaba su soledad, ahuyentaba las fieras. Así Dios llega hasta lo más escondido de nuestro ser, nos calienta, nos acompaña y espanta los enemigos visibles e invisibles.

Nace el fuego del roce de dos leños, brota del pedernal que golpeó la roca y cuando el hombre se olvida de él, irrumpe violentamente desde la cima de los volcanes. Cristo abrasa la tierra desde los dos maderos de la cruz, sale glorioso golpeando la piedra del sepulcro para alumbrar el universo, y cuando lo olvidamos produce cataclismos en el interior del hombre o en la historia, para recordarnos que su amor nunca se extingue.

El fuego que sabe dormir bajo el rescoldo, en el fogón de los humildes, aprendió a volverse casi espíritu en la electricidad y a conquistar la más honda intimidad de los átomos. Así es el Señor: No desdeña las cosas humildes y ordinarias, pero sabe llegar hasta lo más profundo de cada ser. Para invadir los más remotos y escondidos territorios de la nuestra persona.

La liturgia cristiana invitó desde el principio al fuego, para que la Vigilia Pascual simbolizara al Maestro resucitado. Y las lámparas votivas se le aprestaron a señalar a los fieles que en la Eucaristía, el Amigo vive y ama continuamente.

Se encienden los cirios para acompañar al niño en su entrada a la Iglesia por el bautismo. Iluminan al moribundo en su hora final, y alumbran luego sus despojos, anunciando la luz perpetua que aguardamos.

Mas no podemos olvidar el fuego del sol, dibujante y pintor en los arreboles de la tarde y a la madrugada, sobre las gotas de rocío, las montañas nevadas, las hojas tiernas y las

cabezas de los pájaros. Esa esfera de fuego que los niños gustan de pintar en los cuadernos, con sus crayolas elementales.

Así es Dios: A cada uno adorna con un tinte especial, un matiz singular, una tonalidad irrepetida, y goza infinitamente cuando nosotros, con trazos vacilantes e infantiles, tratamos de copiarlo en nuestra vida.

El Señor desea que su fuego arda en el mundo. ¿Qué hemos hecho sus amigos para encender su verdad, atizar su amor, e iluminar a todos con su mensaje?

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y